

do sobre las enfermedades y la naturaleza cuando predicaba la cruzada, le dió el Todopoderoso de nuevo contra los corruptores de la doctrina y de las costumbres cristianas. Seria interminable referir todos los prodigios que obró en el curso de esta legacion. La vivacidad de su fe y de su confianza llegó hasta tal punto, que se sobresaltó la prudencia de los legados á quienes acompañaba. Antes de llegar al término de su mision, los habitantes de Sarlat en Perigord vinieron á presentarle panes para que los bendijese, y el Santo, accediendo inmediatamente á su súplica (1), „por aquí distinguireis, les dijo, la verdad que os anunciamos de las impiedades heréticas: dad á comer este pan á vuestros enfermos, y quedarán curados. Quedarán curados, añadió Gofredo, si lo comen con fe viva. No es eso solo lo que yo prometo, replicó Bernardo, entiéndaseme en general: todos los que coman de este pan quedarán curados para que no duden de que somos enviados de Dios y que les anunciamos la verdad.” El efecto correspondió de tal modo á la promesa, que á su vuelta el Santo no se atrevió á pasar por el mismo pais de miedo de ser atropellado por la multitud.

En Tolosa un canónigo regular de San Cernin, aunque muy célebre por su habilidad en la medicina, se hallaba reducido á los extremos por una parálisis que hacia siete meses le estaba aniquilando (2). De día en día esperaba la muerte, cuando llegó el

(1) *Epist. Gaufred. Vit. Bern. lib. 6 cap. 6.* (2) *Id. ibid. num. 5.*

Santo á quien se hizo llevar con mucho trabajo por seis hombres, y haciendo su confesion le suplicó que le curase. El Santo le echó su bendicion, y saliéndose de la sala habló á Dios con esta santa familiaridad: „bien veis, Señor, que son necesarios milagros para este pueblo: sin esto no hacemos nada.” Al instante el paralítico se levantó, corrió á su bienhechor, y echándose á sus pies le abrazaba las piernas sin querérselas soltar. A la vez de este suceso acudió toda la ciudad, y el legado y el obispo los primeros, y fueron á la iglesia cantando el *Te Deum* con el paralítico que iba delante andando por su pie. Este no quiso volver á dejar á San Bernardo, se fue con él á Claraval, donde se hizo monje y en lo sucesivo llegó á ser abad de Valdeagua.

En la ciudad de Albi hizo otro milagro de un orden enteramente diferente, pero que el obispo Gofredo tiene por el mayor de todos (1). Esta ciudad de la cual los nuevos maniqueos tomaron su nombre en lo sucesivo, era ya la mas infecta de aquella heregia en toda la provincia. A la llegada del legado los habitantes salieron á recibirle montados por irrision en asnos y con tambores: no obstante, San Bernardo fue recibido dos dias despues con muchas señales de respeto y afecto. Al dia siguiente que era la fiesta de San Pedro, predicó un sermón á que asistió tan gran multitud que no cabia en la iglesia, aunque era espaciosa. El santo predicador recorrió todos los artículos de sus errores, y despues todos los pun-

(1) *Ibid. num. 4.*

tos de la fe católica que les eran opuestos; y por último les dijo que escogiesen. Jamás quizá se ha visto una mudanza tan milagrosa como la que entonces se vió en los corazones: todos exclamaron á un mismo tiempo que detestaban la heregía, y que volvian con júbilo á la creencia católica. „Sepamos pues, replicó Bernardo, los que se arrepienten con sinceridad, y para darse á conocer levanten las manos al cielo:” todos sin escepcion levantaron la mano derecha, y tal fue el fruto del sermón primero.

San Bernardo llevó con mas empeño la luz á los lugares en que la seducción habia hecho mas estragos: persiguió al seductor de lugar en lugar; á aquel soberbio Enrique que mudado de repente no se atrevió á permanecer en Tolosa, y huyó de allí igualmente que de todos los lugares donde Bernardo le seguia las huellas. Hubiera sido necesario que el santo hiciese mas larga mansion en aquel pais á fin de esterminar de él hasta las últimas semillas del error; pero la decadencia de su salud y el sobresalto que sus hijos le manifestaban sin cesar en sus cartas, le obligaron á volver á Claraval. No obstante, despues de su partida fue Enrique perseguido con tanta perseverancia y tan cuidadosamente buscado, que por último se le cogió, y fue cargado de cadenas y conducido al Papa, que le hizo encerrar en una estrecha prision donde acabó sus dias.

65. Mientras llegaba el dia señalado para la apertura del concilio de Rems, el Pontífice convidado por Adalberon, arzobispo de Tréveris, pasó á esta

ciudad seguido de diez y ocho cardenales y un gran número de obispos, todos á espensas del mismo Adalberon por el espacio de tres meses. Enrique, arzobispo de Maguncia, se aprovechó de esta ocasion para ir á consultar al Papa sobre la revelacion de una religiosa llamada Hildegarda, que tenia grande reputacion de santidad.

Retirada desde la edad de diez y ocho años en el monasterio de San Disibodo en el condado de Spanheim donde habia procurado aprender solamente á conservar su inocencia, y practicar las virtudes modestas de su estado, no sabia mas que leer en el breviario (1). A la edad de cuarenta y dos años recibió repentinamente una profunda inteligencia de los libros sagrados, y otros favores tan extraordinarios, que los hombres mas versados en la direccion de las almas temieron una ilusion, y juzgaron que este acontecimiento debia ser referido al Sumo Pontífice. Este diputó á Alberon, obispo de Verdun, y otros sabios experimentados para preguntar á Hildegarda sin ruido ni escándalo. Ella respondió con mucha sencillez. Despues que el obispo hizo relacion de lo ocurrido, el Papa mandó que le llevasen tambien algunos escritos que habia compuesto por orden de su confesor, los cuales leyó él mismo en presencia de los cardenales, esponiendo además lo que le habian referido sus comisarios; y todos los asistentes bendijeron por ello al Señor. San Bernardo, que estaba presente, contó tambien lo que sabia de aquella santa muger

(1) *Vit. Stæ. Hildeg. ap. Sur. 17. Septembr.*

á quien habia oido alguna vez con admiración. El Papa creyó que era glorioso á la Iglesia publicar esta maravilla; escribió á Hildegarda, y la autorizó para establecerse como deseaba en el monte de San Ruperto á cuatro leguas de Maguncia, como en efecto lo ejecutó con diez y ocho jóvenes nobles que habia atraído con su reputacion, siendo la primera abadesa de este nuevo monasterio. Sus virtudes y sus milagros, la han hecho poner en el número de los santos.

66. El concilio de Rems se tuvo en el dia señalado, y á él asistieron además de los prelados franceses y alemanes, algunos de Inglaterra y España (1). Raimundo, arzobispo de Toledo, se quejó de parte de su Rey de que en perjuicio de la corona de Castilla habia el Papa Eugenio concedido el título de Rey de Portugal á Alfonso Enriquez, ó hijo de Enrique, de la casa de Borgoña, mediante un tributo anual de cuatro libras de oro. Por lo respectivo al título de Rey el mal no tenia remedio; pero el Pontífice se esforzó á corregir las mudanzas ocasionadas por esta razon en la Monarquía. Desde la ereccion del nuevo reino, el arzobispo de Braga y sus sufragáneos no querian reconocer la primacia de Toledo; y Eugenio mandó que estos prelados continuasen obedeciendo al arzobispo de Toledo como á su primado: pronunció tambien la suspension contra el de Braga, y escribió al Rey de Castilla que jamás habia pretendido perjudicar en nada á la dignidad ni

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 1107.

á los derechos de su corona, prometiéndole auxiliar poderosamente sus empresas contra los infieles. El arzobispo de Braga se sometió á estas órdenes; pero esto no impidió que el de Tarragona empezase por el mismo tiempo á desconocer la primacia de Toledo bajo el mismo pretexto de diversidad de reino, porque Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, se habia hecho Rey de Aragon. El Papa intimó tambien á este prelado llamado Bernardo, presente en el concilio, que reconociese como antes al arzobispo de Toledo por superior suyo; pero Bernardo obtuvo esperas para tomar consejo. Parece que en lo sucesivo jamás se sometió, no obstante las cartas que le escribió el Papa Eugenio, despues de haber espedido una bula espresa en favor de la primacia de Toledo (*).

67. El objeto del concilio de Rems era contener el desórden de las costumbres, y las novedades impías de los sectarios; y asi pronunció el anatéma contra cualquiera que diese la menor proteccion á los nuevos maniqueos, ó les dejase solo descansar en su

(*) El Emmo. Sr. cardenal Aguirre nos da por estenso toda la correspondencia del Papa Eugenio III con los Príncipes y obispos de España acerca del primado de Toledo. Doce fueron las cartas que escribió sobre este asunto aquel Sumo Pontífice, y en todas ellas manda espresamente reconocer los derechos del arzobispo de Toledo, y su primacia sobre todas las iglesias de España. Ya antes habia mandado lo mismo Lucio II en su carta á todos los arzobispos y obispos españoles, y lo confirmaron despues de Eugenio, Anastasio IV y Adriano IV. Aguirre tom. 3. pag. 352. y sig.

casa cuando fuesen de viage. También juzgó las causas de Eon de la Estrella y Gilberto de la Poiré, que estaban bien aclaradas. La aproximación de estos dos novadores, uno tan ignorante que tocaba en miserable, y otro tan sutil que sus ideas eran quiméricas, formaba un contraste singular (1). A Eon de la Estrella, hidalgo breton, buen cristiano al principio y muy concurrente á su parroquia, le hizo cierta impresion la palabra *eum* que oía repetir continuamente, *Per eundem Dominum nostrum: per eum qui venturus est, &c.* que entonces se pronunciaba absolutamente como nombre propio; y se le puso en la cabeza que era á él mismo á quien se nombraba é invocaba, que vendria á juzgar á los vivos y á los muertos, que era el Hijo de Dios y Señor de todas las cosas. Mas lo que debe admirar aquí no es tanto la singularidad de este delirio, como la secta sumamente numerosa á que dió origen. ¿Pero quién puede ignorar que aunque no hay absurdo que no pueda hacer partido, tampoco hay partido por numeroso que sea que pueda justificar ni el absurdo á los ojos del buen juicio, ni la impiedad, ni aun la novedad á los de la fe? Eon fue presentado al concilio, y sufrió un interrogatorio á que no contestó mas que con impertinencias: juzgado mas por insensato que por herege, fue puesto en una prision, donde murió poco despues.

Con mas seriedad se trató el asunto de Gilberto de la Poiré; pero nada se adelantó por el racionio

(1) *Otho. I. Frid. cap. 44. et 45.*

con este sofista el mas elocuente y refinado de su siglo, y así fue necesario venir á la confesion de la fe de nuestros misterios en su santa sencillez. Para ello se hizo un símbolo directamente opuesto á las vanas especulaciones de Gilberto, y se le preguntó si creía su contenido. Viendo que su indocilidad no podia ya libertarse de una pronta condenacion, respondió á los padres: si vosotros creéis y habláis de otro modo que yo hasta ahora lo he hecho, quiero creer y hablar lo mismo que vosotros. En consecuencia de esta declaracion, condenó el Papa las aserciones de Gilberto sin pronunciar cosa alguna contra su persona: esto dió un motivo particular para creer que pecó por ignorancia, y mucho mas porque su doctrina no encontró defensores, y bien pronto se disipó por sí misma. Murió seis años despues en la comunión de la Iglesia.

Este concilio hizo tambien muchos cánones, la mayor parte renovados por costumbre de los concilios precedentes, y así solo dos merecen ser referidos por tener algo de originales. El décimo prohíbe poner en las iglesias sacerdotes mercenarios por comisión. Se quiere que cada una tenga su sacerdote propio, á quien se asigna la conveniente subsistencia en los bienes de la Iglesia, y este no puede ser destituido sino por el juicio canónico del obispo ó del arcediano. No puede presentarse un monumento mas señalado de los curas titulares. El décimo-tercero declara sacrilego y excomulgado á cualquiera que ponga manos violentas en un clérigo ó monge. Esta escomu-

nion quedó desde entonces reservada al Papa, con prohibicion á todo obispo de absolver de ella, á no ser en el artículo de la muerte.

68. Despues del concilio de Rems el Papa Eugenio que se disponia á volver á Italia, no quiso dejar la Francia sin visitar sus antiguos hermanos de Claraval, á quienes llenó de edificacion con todas las virtudes religiosas que habia sabido hacer compatibles con las virtudes pontificales. Llevaba sobre la carne una túnica de lana sin la de sarga, y no se quitaba la cogulla ni de dia ni de noche: por honrar su dignidad permitia que se le llevasen almohadones ricamente bordados, y que su cama fuese cubierta con púrpura, pero esta no era mas que de paja, y las ropas de lana. Una tierna piedad que muchas veces descubria á su pesar con lágrimas y suspiros, animaba sus conversaciones con los monges. Su franqueza y su tierna familiaridad no les dejaban ver en él mas que un hermano, haciendo desaparecer el Pontífice.

69. Para manifestarles toda la estension de esta caridad y cordialidad verdaderamente fraternal, fue desde Claraval al capítulo general de los abades del Cistér, no para presidir en él como Papa, sino para asistir como otro cualquiera de ellos. Estas asambleas tan útiles para evitar los abusos, y tan religiosamente imitadas por todos los demás órdenes, habian sido instituidas desde el principio del Cistér con el fin de mantener la uniformidad y la concordia en todos los monasterios. Este es el punto capital de estos reglamentos llamados por esta razon patente de caridad,

la que fue estendida en el capítulo del año 1119, y despues confirmada por el Papa Calisto II. El vigor de la observancia no dejó de acreditarse desde este tiempo, y de aumentar el orden; pues en solo el año de 1147 contaba veintitres fundaciones nuevas, y sesenta y seis en los cuatro años precedentes. En el capítulo en que se halló el Papa Eugenio en el año de 1148, vinieron congregaciones enteras pobladas ya de Santos, á buscar medios de adelantar aun mas en la perfeccion de su estado por medio de su reunion con el orden justamente celebrado del Cistér. La mas numerosa era la de Savigni en la diócesis de Abranches, compuesta de treinta y tres abadías, comprendido el monasterio de la Trapa, autorizado ya para esta reunion por el concilio de Rems. La congregacion menos antigua de Obasina en el Lemosin la siguió inmediatamente con las cuatro casas de su dependencia.

70. Solo hacia seis años que San Estévan habia sido reconocido abad de ella (1). Toda su vida precedente la empleó en egercicios de una piedad angelica y de la caridad mas laboriosa, especialmente desde que era sacerdote. Habiéndose entonces asociado á otro eclesiástico que aspiraba á la misma sublime virtud, se retiraron á la selva de Obasina, desierto espantoso á dos leguas de Tullas. Sus egejemplos admirables atrajeron fervorosos discípulos que formaron prontamente una comunidad, en que las flaquezas ordinarias y mas inseparables de la humanidad pa-

(1) *Miscel. Baluz. pag. 69. = Bolland. tom. 6. pag. 900.*



recieron desde luego aniquiladas: estraviar la vista, reirse inmoderamente, proferir una palabra en el tiempo del silencio, eran faltas imperdonables y casi desconocidas entre unos hombres que vivían solo en el espíritu. Tales eran el santo fundador y los primeros solitarios de Obasina, cuando creyeron no servir sino imperfectamente al Señor mientras no se reuniesen á los del Cistér.

71. San Gilberto de Semprignan desde el fondo de Inglaterra vino tambien á este capítulo con el mismo designio que los fundadores de Savigni y Obasina; pero el Papa le mandó continuar en su país la obra del Señor como la habia empezado. En él fundó diez y siete monasterios, cuatro de canónigos y trece de religiosas, y muchos hospitales tanto para viudas como para huérfanos, despues de lo cual nombró un superior, y él mismo le ofreció la obediencia, y vivió hasta la muerte como el último de sus hermanos.

Tanta era la veneracion que en todos los países se tenia á los monges del Cistér, y principalmente á San Bernardo. En su mision de Languedoc habia ya incorporado á su orden el monasterio de Selva-grande, muy famoso en lo sucesivo por el gran número de santos y sabios que salieron de él para el episcopado. Esta comunidad habia sido establecida cerca de treinta años antes por un santo varon llamado Geraldo, con otras seis abadías de Aquitania que abrazaron igualmente el instituto del Cistér.

72. Solo el ver la edificacion que reinaba en este

instituto, hizo algunas veces las conquistas mas maravillosas. El Príncipe Enrique, hermano de Luis el jóven, estando en Claraval á negocios puramente temporales, quiso no obstante ver á los religiosos en sus santos egercicios; y asombrado de este espectáculo, como pudiera sucederle á la vista de los coros celestiales postrados delante del Eterno, declaró que no volveria á dejar la sociedad santa á donde el Señor le habia conducido, y pidió inmediatamente que se le recibiese en ella. Fue este un motivo de gran júbilo para la comunidad; pero toda la comitiva del Príncipe echó á llorar como si hubiese muerto (1).

Uno de los que le acompañaban llamado Andrés, mas violento que los otros, se desató en injurias contra los monges y contra el mismo Príncipe, diciendo que estaba borracho, ó que era un insensato. Enrique que le amaba, suplicó á San Bernardo que hiciese por convertir á un hombre tan ciego por el amor del mundo, y el Santo respondió: dejémosle este momento en que un dolor exaltado le arrebató, mas no temais, que nuestro es; y como el Príncipe sumamente inquieto y sentido de la ceguedad de aquel hombre repitiese sus instancias, San Bernardo en tono de severidad le replicó: pues qué, no os he asegurado que será nuestro? Andrés dijo entonces dentro de sí mismo, segun confesó despues: es preciso que este hombre sea un falso profeta, porque estoy bien seguro de que lo que acaba de prometer no se

(1) *Metrop. Rem. lib. 3. cap. 1. = Vit. S. Bern. lib. 4. cap. 3.*